

---

# Búsqueda y encuentro

## Una década con *Istor*

---

Victor L. Urquidi y Adolfo Castañón

*Esta edición número 37 de la revista que el lector tiene entre sus manos, ante sus ojos, marca el décimo año de la aparición de Istor, cuyo nacimiento se remonta al verano de 2000. Con el afán de celebrar más a nuestros lectores que a la propia publicación, rescatamos un par de textos aparecidos –aunque hasta hoy inéditos– cuando apenas cruzábamos el umbral de nuestro primer año. Agradecemos, pues, la generosidad de Victor L. Urquidi y de Adolfo Castañón, lectores y amigos de Istor, por permitirnos reproducir ahora sus palabras de entonces. (La redacción.)*

UN AÑO DE *ISTOR*

Víctor L. Urquidi

**E**n este país en el que proliferan las revistas de toda clase, muchas de ellas efímeras y de poca circulación, asistir a la conmemoración del primer año de una publicación nueva, en este caso *Istor*, incita cierta curiosidad y a la vez buena dosis de esperanza. Cuando Jean Meyer tuvo la gentileza de invitarme a este acto y tuve que darme cuenta de mi ignorancia de la existencia de *Istor*, mi reacción fue enviarle un correo emiliano cuyo “Asunto” describí como “*Ignor Istor*”. Y conste que mi interés en la historia contemporánea ha sido siempre muy grande y que trato, a través de revistas más que de periódicos, hallar los análisis que me permitan entender un poco de lo que pasa.

Mas tiene su límite el número de revistas que uno puede revisar o leer, sobre todo si son mensuales o semanales. Una revista trimestral, que se guía por las estaciones, da más tiempo para terminar un número mientras llega el siguiente. Además, un título que no intercala anuncios publicitarios

a todo color, sobre todo acerca de temas que a veces se oponen diametralmente a los tratados en la revista, se vuelve de manera automática más atrayente; lo acerca a uno a un libro que desea saborear con tranquilidad, whisky en mano, sin distracciones.

Y si los números son temáticos, tanto mejor, pues nada hay peor que tratar de leer el directorio telefónico. He tenido oportunidad de hojear algunas de las ediciones publicadas, de leer ciertos artículos y de darme cuenta del alcance histórico y a la vez actual que tiene *Istor*. La revista está hecha para ayudarlo a uno a pensar en la problemática mundial, no sólo la anterior sino la que ya nos acecha. Y si los artículos, amén de bien escritos o, en su caso, además, bien traducidos, no son excesivamente largos y revelan un tratamiento profundo de los temas elegidos, creo que se logra un estilo, una intención, si se quiere, muy afortunada.

Este siglo XXI recién iniciado trae en su caudal una serie de horrores cuya explicación a veces no se ha tenido, algunos de ellos bastante recientes. No creo necesario enumerarlos. Baste decir que sus causas son múltiples, internas y externas, y son producto de la descomposición de diferentes culturas, de temores y egoísmos, de visiones mesiánicas y de la falta de visión para darse cuenta de las tendencias peligrosas para la humanidad, del mito plagiado por la estructura del poder y del mito en que se apoyan muchos redentores, de la subyugación y la mentira, y aún de la falta de información y de posibilidades para actuar a tiempo en las sociedades en las que hubiera por lo menos conciencia política y social de los desequilibrios y desastres por venir.

En este nuevo siglo, lo internacional –que algunos llaman globalización– privará sobre todo lo demás. El más pequeño accidente o incidente ocurrido en un lugar lejano –antes incomunicado: hoy comunicado por Internet y vía satelital– debe llamar la atención, ya que puede repercutir en muchas otras partes. La frase descuidada y dicha a los medios se transmite en fracciones de segundo y provoca toda clase de interpretaciones o reacciones inmediatas. Son tantos los datos crudos, sin contexto, que resulta imposible adquirir una base de comprensión en un marco determinado que intente poner límites a la catarata de información y desinformación, no obstante las docenas de boletines de análisis y síntesis que llegan directamente a los hogares o a las oficinas conectadas a la red. Por ello, toda revista analí-

tica tiene una función importante que desempeñar para llegar a informar al observador o cliente perplejos, aún a quien tenga la suerte de poder viajar y tratar directamente con homólogos y amigos en otros territorios. Y más si la revista en cuestión se preocupa por exhibir la verdad y no la propaganda o el engaño de cifras agregadas como las que manejan los círculos económicos y financieros internacionales y locales, o cualquier otro conjunto de instituciones creadas, a veces con buena intención, para promover determinadas causas. La Historia como antecedente de lo actual deberá ser Historia, no un mero manoseo de la misma: *Istor* sabrá –espero– vincular lo presente con los antecedentes verdaderos.

Es comprensible que, según lo que he podido otear, *Istor* se concentre en temas de historia y acontecimientos políticos y culturales. Amparado en mi especialidad, que es, hoy, la temática del desarrollo sustentable, espero que en el futuro esta publicación sea capaz de hurgar en la historia internacional del deterioro ambiental del planeta, en sus causas, incluso políticas y culturales. Se ha iniciado una lucha por un ambiente mejor para la humanidad, así como por la supervivencia de la especie humana ante las agresiones que en nombre del desarrollo y de la producción masiva de bienes y servicios, la mayoría prescindibles, se cometen contra los equilibrios ecológicos globales. Los antecedentes poco se conocen y analizan en toda su complejidad, pues apenas comenzaron a llamar la atención hace alrededor de 35 años. Si las causas se conocen poco o mal, los remedios que se proponen y patrocinan pudieran no ser los mejores ni los adecuados. En este campo existe una historia internacional que tiene graves consecuencias para la perspectiva actual.

Felicito a *Istor*, a sus editores y directivos, por el contenido, el formato y el estilo de la revista; y les deseo una larga vida, sin decadencias.

*12 de junio de 2001.*

LAS CINCO LETRAS DE *ISTOR*  
Adolfo Castañón

En un ensayo célebre entre los editores de revistas, el escritor y sociólogo usamericano Lewis A. Coser hacía una reflexión sobre los escenarios de la vida intelectual en el mundo contemporáneo y las consecuencias de la dispersión y la fragmentación del intercambio intelectual en la sociedad de masas contemporánea<sup>1</sup> en relación con el papel o la función de las revistas. Lewis A. Coser contraponía la influencia de las grandes publicaciones masivas en el siglo XIX con el ascendiente ejercido por las pequeñas revistas en la cultura artística y literaria del XX, y hacía notar cómo en la literatura usamericana pequeñas revistas como *Little Review* (añadiríamos nosotros *Partisan Review*, *Paris Review* y *Encounter*) han llevado la batuta en la vida intelectual, más allá o más acá de los grandes medios de difusión. En el horizonte europeo cabe recordar como ejemplo a *Horizon* de Cyril Connolly, a la *Botteghe obscura* (“la batalla oscura”), y muy especialmente a una revista literaria como *Commerce* –animada por Valéry Larbaud, Paul Valéry y Léon-Paul Fargue–, cuyo carácter confidencial y no comercial (no se vendía y sólo era posible obtener una suscripción por recomendación escrita de un suscriptor) no le impidió ser una de las más influyentes publicaciones del siglo XX (publicó por primera vez a James Joyce, Saint-John Perse, Italo Svevo, Ricardo Güiraldes y Alfonso Reyes). Pero *Istor* se parece más a *Esprit* –la revista fundada por Emmanuel Mounier en 1932 y hoy dirigida por Olivier Mongin, quien colabora en el número 2 de *Istor*– y a *Critique*, fundada por Jérôme Lindon, el editor de *Editions de Minuit* y de Samuel Beckett, recientemente fallecido. También se pueden distinguir en el corazón de *Istor* fibras nerviosas de la escuela histórica francesa de los *Anales*, ya sea por la inteligencia atlántica de un Jean Piel (“Evoluciones y mutaciones del sistema atlántico y de América Latina de 1820-1920”), ora por la publicación del testamento de Marc Bloch, ora por la reseña del libro póstumo de Lucien Febvre (*Europe, géné se d’une civilitation*) o bien por el comentario que sobre Georges Duby (antologado por Beatriz Rojas) que hace también

<sup>1</sup> Lewis A. Coser: *Hombres de ideas [Men of Ideas. A Sociologist’s View]*, 1965. Trad. I. A. de la Peña. México: FCE, 1968. Véase “La pequeña revista”, pp. 130-142.

en este tercer número Clara García Aylvardo. Otro importante punto de articulación sería el trabajo de autores como David Rousset o Robert Antheime con la investigación histórica sobre masacres programadas y asesinatos múltiples en la Unión Soviética y en la Alemania nazi en guerra. En el orbe mexicano, *Istor* se encuentra próximo a la constelación formada por revistas como la edición mexicana en español de *Foreign Affairs* o bien *Foro internacional* o *Historia mexicana* auspiciadas por El Colegio de México pero, a diferencia de ellas y bien que generosamente auspiciada por el CIDE, es una revista menos académica y más beligerante y en ese sentido más parecida a revistas españolas como *Leviatán* y sobre todo *Archipiélago. Cuadernos para la crítica de la cultura*.

La palabra *Istor* tiene cinco letras, y con su quinta entrega la publicación que así se llama y cuyo subtítulo es *revista de historia internacional*, deletrea cabalmente su frase editorial, hoy digamos su proyecto.

Dirigida por Jean Meyer, el historiador francés por nacimiento y mexicano por elección, autor de *La cristiada* y de *Rusia y sus imperios*, entre muchos otros títulos, *Istor* es una revista singular por varios motivos y en su quinto número ha logrado abrirse un espacio en el océano de las publicaciones periódicas: se ha inventado ya un público. Si es cierto que la política regionaliza y el pensamiento universaliza, ¿cómo definir una publicación dedicada a pensar la historia internacional contemporánea o, más precisamente, consagrada a atraer hacia el conocimiento ese ejercicio de autococonocimiento del presente que se da a través del periodismo, pensamiento instantáneo, reflexión –en el instante transmutada en saber– por *Istor*? Entre los elementos que llaman la atención, está la amplitud del horizonte desde el cual se articula *Istor*: del fracaso en la prohibición de las armas nucleares a una reseña sobre Carlos V, de la discusión de la democracia en la India a los informes de la comisión de la verdad y la reconciliación de Sudáfrica o el debate sobre el sistema político japonés. Los autores de textos clásicos o rescatados como Paul Valéry, Novalis, Ibn Jaldún o Charles de Gaulle conviven con los escritores e investigadores como Jean Meyer, Jorge G. Castañeda, Jean Piel, Rafael Rojas, Adam Michnik, Amartya Sen, Yuri Afanasiev y Pierre-Noël Giraud, entre muchos otros. En el timón de la redacción: José Manuel Prieto, pieza clave en esta navegación. Quizá lo que más llama la atención es cómo en medio de la frivolidad, de la ceguera especiali-

zada, del nihilismo que campea en muchas de las revistas culturales y literarias mexicanas e hispanoamericanas que suelen definirse por la pequeñez del campo de batalla elegido, *Istor* apuesta número a número a la reinención de la responsabilidad intelectual a través de la articulación de una convocatoria que sabe crear una nueva agenda –un tiempo otro: el de la reflexión histórica a través de la transmutación de la actualidad periodística–, digamos la guerra de los Balcanes y las masacres en Kosovo –en objeto de examen histórico (o reversiblemente la transfiguración de un texto de Novalis o del árabe Ibn Jaldún a la luz de nuestros tiempos tan turbios y tan transparentes, tan milagrosos y tan miserables)–. Está en juego algo que se acerca al concepto de “salvación” acuñado por José Ortega y Gasset y relanzado por Rafael Segovia en sus legendarias *Tres salvaciones del siglo XVIII español*: una redención o restitución diversa y amplia del caldo circunstancial (caldo largo y caldo corto) en que se baña el presente de la historia inmediata.

¿Qué hace original a *Istor*? Respuesta: la vivacidad con que busca y logra renovar los temas y asignaturas pendientes, tanto de la historia como de política, mediante recursos sencillos en apariencia pero complejos en sustancia: 1) el uso de la globalización (para consentir en el uso de esta voz) como método y 2) la práctica de una *búsqueda incesante* del presente para aludir a Octavio Paz, es decir, el deseo de transmutar en historia, de transfigurar la pululación desconcertada de la máquina periodística en memoria y conciencia histórica, en sentido. Subrayo dos polos que quizá definen la vertical asíntota de *Istor*: de un lado, la desaparición erigida como objeto de la memoria y del examen histórico, la investigación de la violencia, la violencia de Estado, la guerra, el exterminio y el holocausto, la Shoa, la realidad ubicua de la matanza que ha llevado a George Steiner ha decir que desde el punto de vista impuesto por la magnitud y la ubicuidad del genocidio en el mundo contemporáneo, el umbral definitorio de la civilización al concluir el siglo xx, triste pero innegablemente, ha bajado. En el otro polo, la responsabilidad política de la espiritualidad y muy en particular del cristianismo y la cristiandad en la supervivencia y continuidad de la civilización sin olvidar por supuesto la historia de sus graves responsabilidades (resumida por Jean Meyer en la breve historia de los concordatos que hace en la reseña *Roma locuta causa finita* –“Roma habló, la causa está entendida”– en el número dos de esta publicación y en el artículo titulado

“Del Antijudaísmo al genocidio” en el número cinco). En ambos casos, es cuestión de los límites (materiales o morales) del experimento humano y por eso el número dos de *Istor*, a través de un texto fundamental como el del Cardenal Joseph Ratzinger o de los fragmentos del estudio presentado por la Comisión Teológica Internacional tituladas “Memoria y reconciliación: la Iglesia y las culpas del pasado”, plantea no pocas interrogantes a propósito del sentido y alcance del discurso religioso –en particular post-cristiano– en la refundación de la civilización y la cultura contemporáneas.

Si consideramos los cinco números publicados de *Istor* como una obra colectiva de alrededor de 750 páginas, escritas por cerca de 50 colaboradores, y nos preguntamos cuáles son los ejes de su discurso, responderemos sin duda que uno de ellos es el de la memoria que ha hecho la Iglesia a través del Papa Juan Pablo II de sus yerros y culpas en particular hacia los judíos, pero también hacia otros grupos sociales. Esta tarea de duelo y expiación, de suspensión de la discordia en pos de la concordia, se ha iniciado en la Iglesia pero no puede ni sabría detenerse en ella, atraviesa el antisemitismo y el racismo, cruza de hecho el cuerpo todo de la historia mundial, en particular la contemporánea y, más allá, compromete la autoconciencia que el proceso civilizatorio puede o podría tener de sí mismo. De esta necesidad hacia la transparencia no sabrían estar exentos ni los países socialistas que iniciaron hace tiempo un proceso de transparencia, ni las naciones latinoamericanas, en particular nuestro país “México, (que) necesita (iniciar) su glasnost” histórica, al decir de José Antonio Crespo. El proceso de pedir perdón iniciado por el Papa (y del cual *Istor* hace eco valientemente) es como una piedra lanzada al agua cuyas ondas se multiplican y ensanchan a medida que se alejan del centro que las ha generado. La línea que va de la discordia a la reconciliación y a la amnistía sin olvido ha sido una de las preocupaciones de *Istor* y resulta una de sus más fecundas contribuciones a la discusión. Si esta línea arranca de la sociología religiosa, y echa mano de la historia cuantitativa, desemboca en el terreno de la ética y de la filosofía del derecho; invocando al historiador Ernest Kantorowicz –maestro por cierto de nuestro Luis Weckman–, cabría decir que *Istor* nunca pierde de vista los dos cuerpos de la historia: la vertiente ético-religiosa y la pendiente político-militar cuyo examen desemboca en un saber teológico-político, para evocar a Carl Schnitt y, por supuesto, a Baruch Spinoza.

Otro eje articulador es el de un tratamiento crítico pero abierto del poder y de los sistemas políticos que lleva a diversos articulistas (Jeffrey Tulis y Amartya Sen, entre otros) a ponderar las eficacias relativas de los diversos sistemas políticos del mundo. La lección es que el mundo es más democrático y autocontrolado de lo que a nuestro “sentimentalismo pesimista” –para aludir a Fernando Escalante Gonzalbo, autor reseñado en el número cinco– le gusta pensar. Otro eje es el carácter cosmopolita internacional de la revista que reintegra la memoria mutilada por el localismo y provincianismo a su condición universal al poner en juego los procesos asiáticos, europeos, americanos y sudafricanos –*Istor* todavía no se ocupa de Oceanía– en un cubilete donde el golpe de dados internacional auspicia antes que abolir la unidad del juego histórico. Sin embargo, hay que insistir en que es el primer eje –el de la autocrítica y reconocimiento de los errores propios de la cultura (la de la postcristiandad)– el que le imprime, con la noción de justicia que conlleva el pedir perdón, una verdadera tercera dimensión, una profundidad al discurrir de *Istor* y a su animado recorrido por los registros del pasado inmediato. Perdón, olvido, amnistía, amnesia, memoria e historia están indisolublemente vinculados como lo saben Paul Ricoeur y los editores de *Istor* que dedican precisamente su número cinco a estos temas.

A lo largo de estas notas sobre los cinco números de *Istor* aparecidos entre el verano del 2000 y el estío del 2001, la palabra “responsabilidad” ha aparecido varias veces. Es una palabra preñada de connotaciones éticas. No la he escrito en vano. Entre el saber y la política, entre la invención de un calendario y una agenda alternativa y la lucha contra el analfabetismo histórico y político, entre la crítica al totalitarismo y la denuncia de las amnesias, entre el olvido y el perdón; *Istor* parece estar inventando ya no sólo a un público, sino reinventando o redescubriendo –ni más ni menos– el papel del intelectual en nuestros días, la función de la curiosidad y el apetito de conocimiento a través de un diálogo sistemático entre la cuenta larga y la cuenta corta, entre el testimonio y la reflexión, entre el cristal del testigo que da fe y el espejo del que sabe cómo recuerda de la historia que fluye entre las naciones. Ese diálogo es un diálogo responsable, que se hace cargo del espacio y del tiempo, de la irreductible otredad del presente, pero sobre todo de la incalculable importancia que tienen los diversos allá para nuestro aquí. Ser contemporáneos de todos los hombres –para aludir a las últimas

líneas de *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz— no es algo definitivo y dado: esa contemporaneidad es una tarea incesante y cotidiana que se puede cumplir a través de la conversación —para llamar a Gabriel Zaid— de y en la historia. Entre la conciencia y su memoria, los escritores congregados en torno a *Istor* hasta ahora han cumplido.

Si cada generación debe reinventar el mundo y el libro, y esa reinención es como el acta de nacimiento de dicha generación, los cinco números publicados de *Istor* son el signo de que nuestro paisaje intelectual empieza un proceso de transformación profunda fundado en la atenta y paciente observación de lo que nos rodea.

Mirar el momento actual con la mirada rigurosa y maravillada del egipólogo que descubre el templo de Heraclión bajo el mar puede producir chispas esperanzadoras, un saludable corto circuito, un cambio de respiración. Ésa es la razón por la cual saludamos con tanto y tan fundado entusiasmo este primer año de vida de *Istor*. Gracias por esta explosión perdurable pero sobre todo gracias por esta posibilidad de respirar profundamente el aire de nuestro propio tiempo.

Cito para concluir un poema de Osip Mandelstam traducido por Clarence Brown y W.S. Merwin y comentado por Seamus Heaney en *Preoccupations. Selected Prose 1968-1978*:

La gente necesita una poesía que  
 sea su propio secreto  
 para mantenerla siempre despierta  
 y bañarla en esa brillante  
 cabellera de la ola  
 que es la respiración. 